



Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA.

LEÓN FONTOVA

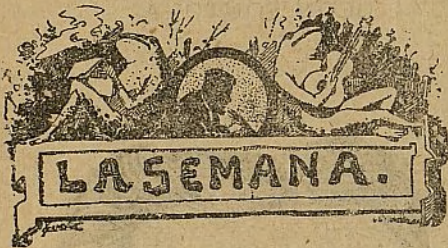


No es bueno ni es excelente,
ni es apreciable este actor.
Fontova, sencillamente,
es un artista eminente
¡Si, señor!

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por Luis Royo Villanova.—*Fragmentos*, por Ricardo J. Catarineu.—*¡Así se contesta!* por F. Tristán de Larios.—*Bagatelas*, por Luis de Ansorena.—*Economía doméstica*, por Felipe Uribarri.—*Despedida*, por J. de Casamayor.—*Más marruequeras*, por Blas Quito.—*En el paraíso*, por Enrique Usúa.—*Cómo compran las señoras*, por Juan Pérez Zúñiga.—*La Justicia*, por F. Uribarri.—*Al señor D. Ramón de Campoamor*, por M. del Palacio.—*Al puerto ó al naufragio*, por Francisco Capella.—*¡Fíese usted!* por Francisco Segura.—*Chirigotas*, *Correspondencia* y *Anuncios*.

GRABADOS.—*León Fontova*, por Escaler.—*Tristeza torera* y *Figurín de invierno*, por Cilla.—*Una distracción*, por Mecachis.—*Las ilusiones de la mujer*, por Escaler.—*Proyectos de monumentos*, por A. Pons.—*Nocturno*, por Escaler.



Si la Administración española está por los suelos, es muy justo que el suelo sea objeto de cuidado especial en las oficinas y dependencias del Estado.

Por eso los días de estero y desestero son días de gala para los empleados españoles.

Y digo «día de gala», y no simplemente «día de fiesta», porque en tales ocasiones sacan los tapices al balcón (para limpiarlos, se entiende) y salen á relucir plumeros y más plumeros (para quitar el polvo que semejantes faenas levantan).

El estero y el desestero—esos dos solsticios de la geografía covachuelista—marcan dos soluciones de continuidad en la vida administrativa de nuestro país.

Si hubieran canonizado á *Esther*, esa sería la patrona y abogada de los empleados.

—Decididamente,—aseguraba un caballero—habrá crisis total muy pronto: antes de abrirse las Cortes.

—Y ¿sabe V. quién entrará en Gracia y Justicia?

—No puedo asegurarlo, pero el esterero de casa me ha dicho que iba á entrar él para arreglar aquello.

Todos estos días pueden leerse en la prensa sueltos por este estilo:

«Mañana tendrán vacaciones los empleados de la dependencia...», con motivo del estero del local.

Hay proyectistas (porque aún quedan ejemplares de aquella famosa clase que ridiculizaron Cervantes y Quevedo) que opinan que había de resultar una economía grande para el Tesoro entarimando las oficinas públicas, porque el nuevo pavimento no había de costar tanto como cuesta anualmente la colocación de las esteras, quedando suprimidos, al mismo tiempo, esos dos días de vagancia que tienen los dependientes del Estado.

Pero la estera es tradicional, es necesaria y si las esteras hablasen ¡qué de cosas podrían contarnos!

¿Quién podría decirnos con más autoridad cuántos y cuáles pillos «de siete suelas» entran en las dependencias del Estado?

¿Quien, sinó ellas, nos dirían qué personajes han entrado en tal ó cual ministerio á ponerse las botas?

Su galantería no puede ser mayor. Siempre están á los pies de ustedes.

Su humildad no tiene límites. Dejan que todo el mundo las pisotee.

Con tales cualidades y el silencio por añadidura, es indudable que las esteras merecen toda nuestra consideración.

Bien podemos decir de ellas que, sean ó no de esparto, tienen virtudes verdaderamente espartanas.

—Mañana es el estero;—dice un jefe de negociado—guarden ustedes los papeles que tengan sobre la mesa y cuiden de que á los expedientes no les entre polvo.

—Descuide V.; no les entrará nada—responde un auxiliar—ya sabe V. que nos pintamos solos para cubrir el expediente.

Parece que van á llevar á presidio la fotografía.

No hay que alarmarse.

Se trata de instalar en cada presidio una máquina fotográfica para retratar á los pupilos, formando de este modo un «album de penados» en cada establecimiento correccional.

Por eso hablaban algunos periódicos del *objetivo* del ministro de Gracia y Justicia.

El objetivo que perseguía—y que por lo visto, ha atrapado—es un objetivo de cámara oscura.

Si ahora se quejan los criminales, será de puro vicio.

El Estado les da casa, comida, ropa y un retrato para que lo envíen á la familia.

O para que algún amigo lo lleve en el medallón del reloj; porque claro es que tales retratos estarán muy en su lugar junto á una cadena.

Añadan ustedes á eso los edificios penitenciarios en construcción y las demás reformas que se proyectan en Penales y verán que dentro de poco dará vergüenza ser persona decente.

Sin embargo ¡Dios nos libre de ser retratados por cuenta del Gobierno!

—Oye tu:—preguntará un rata—¿dón de has estao tanto tiempo?

—Pos miá tu: ¡retratándome!

—Y ¿qué tal?

—Mu bien. Me han hecho un retrato *alumbrao*.

—Querras decir ¡iluminao!

—¡Cá, hombre! ¡si es que yo había pillao una *jumera*!

Se creará el cuerpo de «fotógrafos de Penales», donde se entrará por oposición—de la familia—y habrá artista que se anuncie así:

—«Fulano de Tal. Fotógrafo de la casa Galera. Proveedor de los presidios de Africa y premiado con varios indultos»

Como estas reformas siempre se ensayan en la Corte, el primer aparato fotográfico se pondrá indudablemente en la Cárcel-Modelo.

Y como cojan á los penados y los retraten con capuchón y todo, se vá á acreditar el sistema.

Leremos noticias del tenor siguiente: «Ayer se fugaron del presidio tres reclusos inmediatamente después de ser retratados por el fotógrafo de la casa»

Y será cosa de añadir:

—Pues damos la enhorabuena á ese fotógrafo; porque según parece, han *salido* muy bien.

Las espadas han dejado de ser el palo de favor.

Dicen que el arma que usan los oficiales de infantería va á ser sustituida por el sable con tirantes, y no sabemos si con trabillas también.

Aseguran los peritos que la espada no tiene condiciones de combate—¡á buena hora, mangas verdes!—y quedará como arma de adorno, arma de corte, como quien dice.

Naturalmente: ¡de mucho corte!

—¿Sabe usted que nos vamos á quedar sin espadas?

—Y que lo diga V. ¡Como que se corta la coleta Frascuelo!

La espada ha muerto. ¡Viva el sable!

Al fin y al cabo, el sable es hace años el arma genuinamente nacional.

LUIS ROYO VILLANOVA.

FRAGMENTO (1)

VI

Agonizar en la pequeña cuna
á su niño contempla Flora hermosa,
pálida como el rayo de la luna,
triste como la niebla misteriosa.

Disipadas las últimas sonrisas
y roto el gran crisol de los amores,
aun quiere tapar lágrimas con risas,
como la nieve tapará las flores.

Y el niño, con un pájaro en la mano,
cuando se vá á morir ¡es tan dichoso!...
No sabe nada del concierto humano;
sólo atiende á su pájaro precioso.

Y no comprende el golpe que le hiere;
y Flora le contempla lastimera...
¡como una madre al hijo que se muere!
¡No lo puedo expresar de otra manera!...

Y, al pretender cubrir sus manecitas,
con dos tiernas palabras seductoras,
el niño quiso interrumpir sus cuitas
y le dijo al oído:—¿Por qué lloras?—

VII

Y después á su pájaro volvía;

mas, como á Flora sollozando viese,
añadió sin saber lo que decía:

—¡Mamá! ¿Que harías tú si me muriese?—

Por el puñal de la pregunta herida
y convencida del axioma eterno
de que en un solo instante de la vida
cabén todas las penas del infierno,
Flora, de su papel desposeida,
rompe (olvidando su valor gigante)
á llorar, y enseguida
siente un temblor nervioso que la mata...
¡No tembló más en el infierno el Dante
cuando la sombra vió de Farinata!

¿Y después?... ¡Un instante, un solo instante!...
¡El pájaro, volando en el vacío!
¡El niño, medio ahogado, medio yerto!
¡Un grito, penetrante como el frío!
¡El silencio solemne de un desierto!...
¿No hay nada? ¡Llanto y soledad, Dios mío!...
¡El pájaro ha volado, el niño ha muerto!

RICARDO J. CATARINEU.

¡ASI SE CONTESTA!

Son las siete y está oscura
la iglesia de Santa Inés;
hay confesión; llega el cura
y una preciosa criatura
se arrodilla ante sus piés.

—Padre—le dice—yo quiero
que escuche usted un pecado
y no me acuse, severo,
puesto que este es el primero
y la culpa he castigado.

Pues, verá usted, señor cura:
cuando él abre aquella boca,
habla con una ternura...
su acento es de tal dulzura...
vamos ¡que me vuelve loco!

Si un pecado he cometido,
no me pierda ese pecado,

puesto que no lo he querido.
Mi novio es muy atrevido
y, como anda enamorado,

anoche quiso el tunante
darme un besito en la frente,
diciendo que era constante
y un beso dado á un amante
es ya moneda corriente

Yo creo que hubiera aceptado
cualquiera otra, de seguro,
mas yo rechacé el pecado,
y me alejé de su lado,
horrorizada, lo juro.

Cesó la cuestión y luego
callamos, mas de repente
sentí algo así como fuego:
¡un beso que el amor ciego

había grabado en mi frente!

—¿De este modo, angel hermoso?
dijo el cura á la chiquilla;
se inclinó y dejó amoroso,
con ruido estrepitoso,
un ósculo en su mejilla.

Y prosiguió algo turbado:
—No es pecar eso. ¿Qué hiciste
después que el beso malvado
tu mejilla hubo quemado?
Habla, hija mia, ¿qué digiste?

Y ella exclamó, trastornada:
—Contesté de este tenor—
¡y, justamente indignada,
dió al cura una bofetada
de las de marca mayor!

F. TRISTÁN DE LARIOS.

(1) De la segunda parte de un poema que se publicará muy pronto.

TRISTEZA TORERA



—¡Oh, tristeza!—¡Oh, desconsuelo!
—La vida, ya ¡qué me importa!
—¡Se la corta!—¡Se la corta!
(Estos hablan de Frascuelo)

FIGURIN DE INVIERNO



Hay, aquí como en la Mancha,
unidad de pareceres.
Este invierno las mujeres
tendrán la manga muy ancha!

BAGATELAS

I.

—¡Mira qué nido!—me dijiste un día
con sencillo candor,
señalando tu mano el roble añoso
bajo el cual nos hallábamos los dos.
No miré al nido, pero sí á tu cara,
temblando de placer,
y mis ardientes labios con los tuyos,
cediendo al fuego del amor, choqué.
Te enojaste y yo dije:—Hermosa mía,
¡por que te asustas, dí?...
Este beso es un pájaro que busca
su nido entre tus labios de carmín....
¡Déjale, pues, en calma!... ¡El pobrecito
se halla tan bien ahí!...

II.

Me río yo del valor
que tienen los corazones:
los hieren los semejantes
y los gusanos les comen.

III.

¿Que ya no me puedes ver
por aquello?... Y digo yo:
¿porque ha pasado, mujer,
ó porque lo que pasó
pasó para no volver?...

IV.

Aleja de una vez esa locura...
Luchar para ser pura es... no ser pura.

V.

Al primer beso, la virtud se inclina;
ya más para vencer no es necesario;
los demás... son las cuentas del rosario,
que se pasan y pasan por rutina.

VI.

Ayer con fé constante,
buscaba á Dios en el altar sagrado...
y hoy, sintiendo la fiebre del pecado,
le busca entre los labios de su amante.

VII.

Odiando la pasión por lo que abrasa,
huye de ella el cuitado;
mas yo he visto tu rostro retratado
en todas las paredes de su casa;
y, según fidedignas relaciones,
todo el día se pasa
dando besos de amor por los rincones.

LUIS DE ANSORENA.

ECONOMIA DOMÉSTICA

Canuto es un animal
de aspecto muy agradable,
pero el sér más miserable
de toda la capital.
Siempre se encuentra en apuros
y es de una familia rica.
¡No suelta una perra chica
ni... por veinticinco duros!
Para su mal y molestia,
tiene un chiquitín Canuto,
que es lo mismo que él de bruto,

pero un poquito más bestia.
Que le cuadre ó no le cuadre,
el pobre niño aprovecha
todo aquello que desecha
su tacañísimo padre.
—Hoy te pones mi sombrero
—le dijo á su chico ayer—
¿Que no? ¡Te lo has de poner!
—Me viene grande; no *quero*.
Dióle el papá los capones.
La madre, ahogando sus penas,

murmuraba:—¡Que le llenas
la cabeza de chichones!
Y Canuto con fiera
dándole golpes seguía,
mientras la mujer decía:
—¡Que se le hincha la cabeza!
Le pegas de un modo fiero,
como si no fuera tu hijo.
—¡Cállate!, Canuto dijo,
¡que así le vendrá el sombrero!

FELIPE URIBARRI.

DESPEDIDA

Inés, á casarte vés
con ese vejete adusto.
Cumple, alma mía, tu gusto.
Pronto te arrepentirás.
Cedes de tu madre al ruego.
Te casas por obediencia;
tienes poca resistencia;
eres débil, no lo niego.
Yo de tu debilidad
podría ser buen testigo;
no llores, porque te digo
sin rebozo la verdad.
Las lágrimas que destilas,
no son el llanto de amores,
que en otras horas mejores

brotaba de tus pupilas.
Seca tus ojos, ten calma;
vas á ser casada y rica,
y mal esa angustia indica
la satisfacción del alma.
Yo no me quejo de tí;
no vengo á hacerte reproche:
vengo á volverte esta noche
lo que en otra recibí.
Tres fueron las prendas, tres:
toma dos, no haya contienda.
La otra prenda... la otra prenda...
¿cómo te la vuelvo, Inés?
Yo no la he perdido, no;
la guardo como un trofeo,

y, aunque dártela deseo,
¿puedo devolverla yo?
¿Por qué de grana se viste
tu semblante? ¿Qué te exalta?
Esa prenda que te falta,
de buen grado me la diste.
Si el recuerdo te importuna,
un solo remedio queda:
que nadie sospechar pueda
tu largueza y mi fortuna.
Discreto y mudo seré;
cuida tú, por tu reposo,
no eche de menos tu esposo
la prenda que me llevé.

J. DE CASAMAYOR.

MAS MARRUEQUERIAS



CONFIESO ingenuamente que nunca me ha dado por la sensibilidad, como á las solteras recalcitrantes.

O no tengo corazón

ó será de bronce ó peña,
como dijo un poeta religioso y ripioso, de cuyo nombre no me acuerdo, ni del apellido tampoco, que es lo peor.

Pero hay cosas que llegan al alma y son capaces de hacer bajar el dedo á la estatua de Colón.

No hace muchos años, ni pocos, que el rasgo de doña Isabel II dió mucho que hablar y más que escribir.

Alabáronle y le ensalzaron bastantes prójimos de los que luego contribuyeron á la gloriosa, con lo cual probado está que el susodicho rasgo fué cosa buena.

Sin duda el sultán de Marruecos, que debe estar algo atrasado en el estudio de la Historia de España, se enteró recientemente de lo del rasgo, y no queriendo ser menos que la soberana bajo cuyo reinado sostuvimos la verdaderamente gloriosa campaña de África, se propuso tener, no ya rasgo, sino rasgos, así, en plural.

Esto afirma un apreciable colega, que inmediatamente después del epígrafe *Rasgos de Muley-Hassan*, pone estas líneas:

«Durante su permanencia en Tánger, el emperador de Marruecos ha hecho revivir las leyendas árabes de Harun-al-Rachid, por medio de algunos actos de generosidad.»

Advierto á ustedes que *Harun-el-Raschid*, (este es su verdadero nombre,) fué, según las leyendas, un soberano espléndido y justiciero; que por lo uno, cuando tropezaba con un pobre, si la desgracia de este no era fruto de sus vicios, solía enriquecerle, y por lo otro, sabiendo que los reyes suelen estar rodeados de Sagastas que tratan de hacerles ver lo blanco negro y procuran convencerles de que muertras ellos (los Sagastas) vayan á gusto en el machito, todo va muy bien en el orbe, acostumbraba á salir disfrazado por la noche, para enterarse de si lo que realmente necesitaba su pueblo era el sufragio universal ó el pan barato.

Vean ustedes ahora lo que ha hecho en Tánger Muley-Hassan, y comparen:

«Un pobre indígena del territorio de Andjera ofreció al sultán dos pollitos, pronunciando á la vez estas palabras:

«—Atiende, señor: soy desgraciado y muy pobre, pero tú eres bueno y justo; en mi visita no te puedo ofrecer más que este par de pollos.

«S. M. aceptó de buen grado la oferta y las frases de que fué acompañada (¡oh, magnanimidad!), é hizo despidir al pobre, regalándole cuarenta piastras.»

Nada, que le sacó de la miseria.

«Un inglés, presentado por el ministro de la soberbia Albión, sir W. Kirby Green, regaló al monarca

marroquí una jaula con doce preciosos pájaros cantores, diciéndole:

— «Señor, mi fortuna no me permite ofrecer á V. M. un obsequio de más valor.»

¿Y á que no saben ustedes lo que hizo el émulo de Harun-el-Raschid?

Pues no nombró al inglés capitán de su ejército, con un real diario de haber y manos pueras.

Su rasgo fué scheriffianamente espléndido.

Oído á la caja:

«El sultán aceptó el regalo, haciendo que lo pusieran á su lado, lo cual debe considerarse como un favor especial, y luego habló largamente con el inglés acerca de las condiciones de los pajarillos cantores»

Con muchos rasgos así

se arruina Muley-Hassan.

¡En la vida conocí

soberano marroquí

más barbián!

¡Digo, si quedaría contento el inglés!

¡Aun tuvo suerte en ser presentado por el ministro de Inglaterra!

Si va solo, S. M. le manda meter en la jaula y se queda con él y con los pájaros cantores.

El colega á que me refiero, añade á lo dicho que el Sultán, durante su permanencia en Tánger, ha recorrido dos veces, por la noche, las calles de la ciudad, acompañado de uno de sus ministros, un alto funcionario de la población y un negro que alumbraba el camino con un farol de grandes dimensiones.

En lo de salir por la noche, ya que no en lo del farol, si que se vé la semejanza entre Muley-Hassan y Harun-el-Raschid.

Pero la misma existe entre ambos y los serenos, y los murciélagos y las vírgenes del ramo de higiene.

Todos salen por la noche.

Y todos lo hacen con fin más útil que el de conocer «los edificios y demás particularidades de la capital diplomática del imperio marroquí.»

Me parece que los rasgos de Muley-Hassan valen otro imperio.

La imparcialidad me obliga á no omitir un verdadero rasgo de esplendidez del sultán.

Unos españoles le vitorearon y le obsequiaron con «ramos de preciosas flores.»

Muley se quedó con los ramos y con los vítores y les dió treinta duros.

Verdad que seiscientos reales no son mucho dinero para un sultán, aunque sea marroquí, sobre todo cuando se nos viene con una embajada ¡vaya una embajada!... que no nos cuesta más que catorce mil duros.

Pero más verdad es todavía que unos españoles capaces de vitorearle y obsequiarle en circunstancias como las de entonces, en vez de treinta duros, merecían treinta palos (cada uno, se entiende.)

O, por lo menos, hacerles pasar un mes en poder de los bocoyas.

O ser marinos y verse condenados á Rodríguez Arias perpétuo.

No sé cual de las tres calamidades es peor.

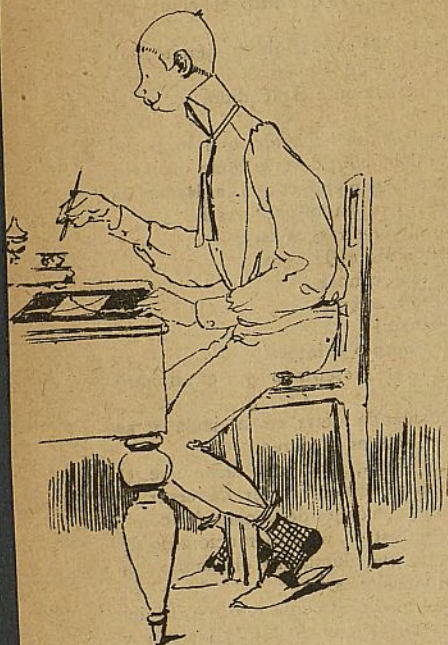
BLAS QUITO.

EN EL PARAISO

Perico, Juana, Geromo,
Toñico el salta-bardales,
Torcuato, Dieguillo, Andrés
y un chiquitín que aun no hace

seis meses que vino á este
mundo de penalidades,
componen una familia
avecindada en Getafe,

y que se ha ido á Madrid
(según Geromo), á pasarse
dos días, para ver
cuanto de hermoso y de grande,



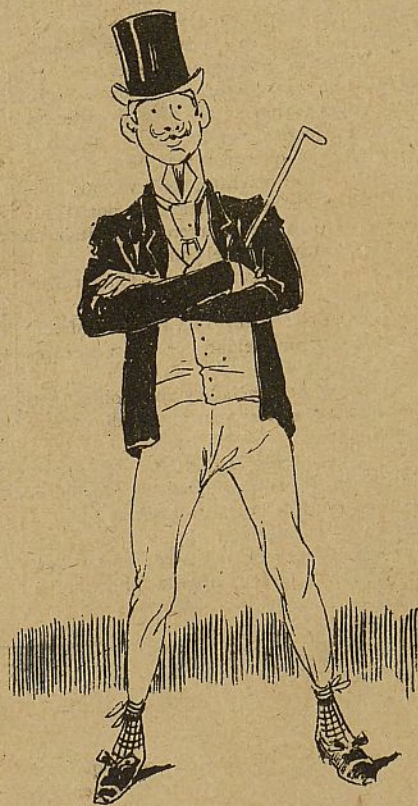
¡Las 12! Ya he escrito bastante. Ahora el almuerzo... y a la Rambla, á dar un paseito.



¡Eh, conductor! ¡pare Vd.!



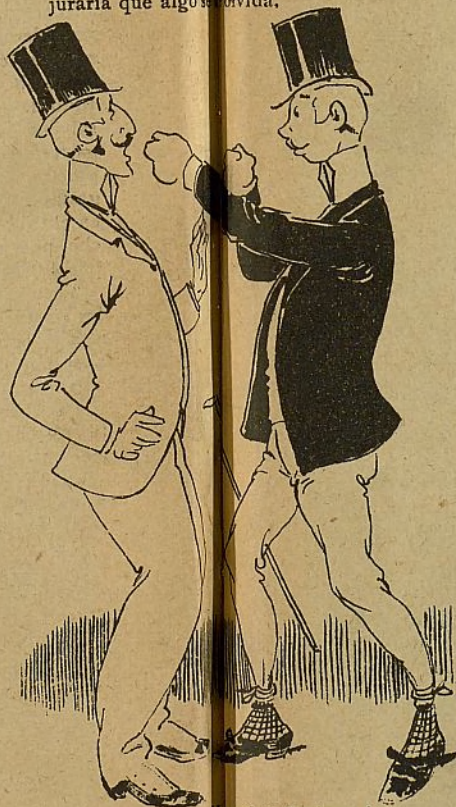
Y el caso es que á mí se me olvida algo.



¿Pues no se va riendo el muy pille. te sin hacerme caso?



Los guantes, el pelo, los lentes... Todo lo llevo sin embargo, juraría que algo se olvida.



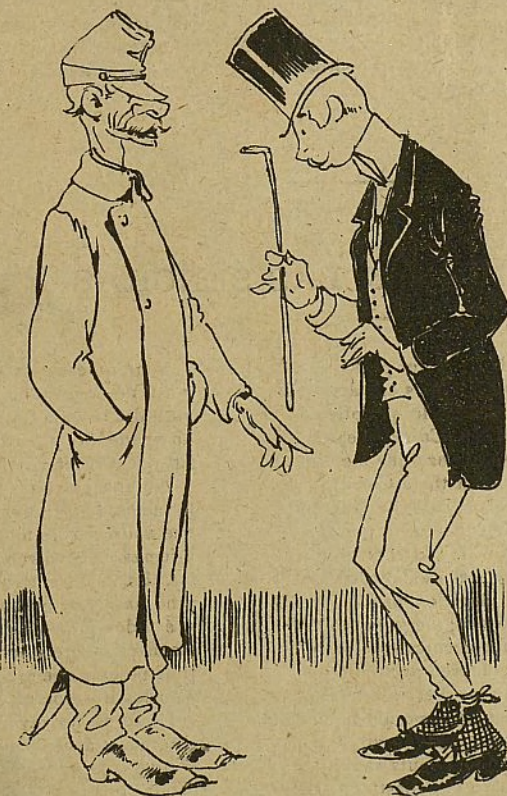
¡Loco y usted á decirme los motivos que para llamarme loco!



¡A los pies de Vd., Condesa!



¡Diantre! También este se ríe. ¡De qué buen humor está hoy la gente en Barcelona!



—¿.....?
—¡.....!



¡Toma! ¡Los pantalones! ¡Bien decía yo que se me olvidaba algo!

encierra la villa y corte
con todos sus arrabales.
Juana es mujer de Perico
con doce años de enlace:
y Geromo y Juana son
(según el) primos carnales.
y el chiquitín y Tofico
y Torcuato y los restantes
son hijos de Pedro y Juana,
según sus fés bautismales.

Vagando á la desbandada
y mirando escaparates,
van por Madrid, cuando á
Geromo ocurre llevarles
á ver el Teatro Español,
porque aquella noche hacen
los «Amantes de Teruel»
que es una función que vale;
y... dicho y hecho... allá va
la familia de Getafe.

—Deme Vd. seis gallineros
y dígame lo que valen.

—Ahí van.—¿Cuánto?—Tres pesetas.

—Juana, *miá* que *cartulages*!

—Perico! ¿sabes qué digo?
que han debido equivocarse:
ahí dice *entría* general.
y eso me *paice* *mu* grande.

—Pus claro! mujer; no ves
que aquí *tóos* son *generales*.

—Está el telón *levantao*;
acaba de *emprenciarse*,
dice Geromo, ahora están
leyendo aquel papel grande,
que aquel otro de la cama
ha *escrito* con su sangre.
—¡A ver esos si se sientan!...
(dicen varios)

—¡Que se callen!...
—¡Que me está pisando V.!...
—¡Acabe V. de sentarse!...
—¡Quítese usté ese tejado!...
—¡No corran tanto! ¡carapel!
que ya vamos; mira, Juana,
aquí *tiés* donde sentarte.
—¡Padre, me voy á caer!...
—¡Yo no tengo sitio, padre!...
—¡Silencio!

—¡Que callen esos!
—Mirar, mañicos; estarse
mu callaos: mira, Perico,
(dice Geromo): ¡qué grande
es el paraíso!

—¡Esto
es el paraíso?
—¡Cabales!...
Es verdad: como el del Cielo
¡estamos tan *justos*!...
—¡Dale!

¿Se quieren callar ustedes?

—¡Ya vamos: no hay que enfadarse!

—¡Pero si es que el chico llora!..

—¡Pus tienes más que *cantale*?

—¡Nana... nana! ¡haaaa... ha!

—¡Ese chico! ¡que lo saquen!

—¡Que le den teta!...

—¡Silencio!...

—¡Calla, maño!

—¡Que se larguen!...

—¡No *mus* dá la gana!

—¡Fuera!..

—¡A ver! ¡los municipales!...

—¡Que callen esos baturros!

¡Que los echen á la calle!

—¡Venga usté á echarme!

—¡Animal!

¡Fuera de ahí!

—¡So silbante!

—¡Silencio!

—¡Bruto!...

—¡Perico!...

—¡Venga usté y verá á que sabe
mi bastón!...

—¡Esgalichao!

allá voy...

—¡Afuera!

—¡Padre!

—¡Pim!... ¡pam!... ¡pum!...

—¡Bruto!... ¡socorro!...

—¡Los guindillas!...

—¡A la cárcel!...

—¡Ayl!...

—¡Silencio!...

—¡Que los prendan!...

—¡Que los lleven!...

—¡Que los saquen!...

—¡Esos guardias!

—Allá *vamus*...

—¡Vengan ustedes!...

—¡Sentarse!...

—¿A donde *mus* lleva Vd?

—A la inspección ú á la cárcel:

á donde disponga el Juez
del distritu...

—¡A mil!...

—¡Alante!

á V. y á todos los otros.

—¡Eso se verá!... ¡carapel!...

¡que me han robado el reloj

y quince duros cabales

que traía en el pañuelo!

—¡Paciencial!...

—¡Perico!...

—¡Ande!...

—¡Maldita sea mi suerte!

¡así me quede sin sangre,

si me muevo yo otro día

aunque se hunda, de-Getafe!

ENRIQUE USÚA.

COMO COMPARAN LAS SEÑORAS

Yo no digo que no sea
conveniente el regateo;
mas hay quien ya regatea
porque en ello se recrea,
y ese es un vicio muy feo.

Aun cuando al ir á comprar
el hortera me divida,
cuanto pide le he de dar.
Yo no sé regatear
ni sabré en toda mi vida.

Pero, en cambio, á mi mujer
no hay tendero que la aguante,
y hasta he llegado á temer
que un día va á perecer
á manos de un comerciante.

Ayer fuimos á comprar
un preciosísimo par
de jarrones para un chico
que pronto se va á casar,
pues es tonto á más de rico,

y el hortera nos pidió
veintidos duros cabales.
¿Pues sabeis lo que ofreció
mi esposa? Catorce reales.
¡La vergüenza que me dió!...

A Sebastiana Corral
que, en la calle de Quevedo,
vende fruta en un portal,
pidió medio kilo de al-
baricoques de Toledo.

Al elegirlos, probó
dos ó tres; luego exigió
que fuese corrido el peso,
y hasta creo que pidió
que se los diera sin hueso.

Pues bien; perdió la mañana,
y por un céntimo vil
dejó aquella fruta sana.
(La puso la Sebastiana
como hoja de peregil.)

Y no quiere escarmentar,
y así no compra barato,
y un día la va á faltar
un vendedor, y le mato
sin poderlo remediar.

No encuentra mayor placer
la buena de mi mujer
que aburrir á los tenderos,
á fuerza de revolver
los almacenes enteros,
y no hay nada que la pete
y á todos pone en un brete,
machaca que te machaca.

¡Las pesetas que me saca
y en los líos que metel!...
Lectores, no vayais con
señoras, si á tiendas van,
porque cual mi esposa son.
¡Todas parece que están
cortadas por un patrón!

JUAN PEREZ ZÚNIGA.

LA JUSTICIA

A un humilde mosquito hirió una chinche
por no sé qué cuestión de poca monta.
La chinche, que era atroz, se hizo la tonta,
y el mosquito infeliz sufrió un berrinche.

Pensó el mosquito: ¿Y dejó que me pinche
el animal aquel con mano pronta?
Por ver si el pago de su culpa apronta,
llamaré á la justicia, y que le trinche.

A un moscardón contó todas sus cuitas
y las causas y efectos del delito,
y el moscardón, que es juez, con las patitas
accionando, decía á voz en grito:

—Tienes razón. ¡Hay chinches inauditas!
Yo haré justicia... ¡Y se tragó al mosquito!

FELIPE URIBARRI.

AL SEÑOR D. RAMON DE CAMPOAMOR,
ENVIÁNDOLE UNA GRAN CRUZ PARA EL EMINENTE
POETA ALEMAN JUAN FASTHENRAH.

Esclavo de tu ley es mi albedrío;
de una misión me hiciste mensajero,
y con gozo profundo y verdadero
la credencial de Fasthenrah te envío.
Vuestros nombres lograron, y no el mío,
éxito tan brillante y lisonjero,
y á pedir algo, el cuarto del cartero
me corresponde sólo en este envío.
Guarde Dios muchos años al poeta
que olvida el Rhin para cantar el Tajo,
con pluma tan feliz como discreta:
y no le dé la suerte más trabajo
que tener esa cruz en la maleta;
que es no tenerla encima, y sí debajo.

M. DEL PALACIO.

AL PUERTO Ó AL NAUFRAGIO

«Vuelve el amor del odio y de la ausencia
pero no del desprecio y el hastío.»
CAMPOAMOR.

No puedo más: mi vida es un problema
y es fuerza resolverlo de algún modo;
ó vencer ó morir, este es mi lema.
¡El todo por el todo!

Hazme sufrir del odio los rigores
y no esa indiferencia que me ofrezcas.
Necesito que rías ó que llores...
Ya que no he conseguido que me adores,
¡á ver si me aborreces!

Quiero que goces en la pena mía,
si no has de compartir mi sufrimiento;
y burlándote tú de mi tormento,
quizá me burlé yo de tu alegría.

Quiero por siempre disipar la duda;
que al odio ó al amor tu instinto ceda
y en guerra franca, cariñosa ó ruda,
agotar la existencia que me queda.

Que rompan de mi pecho los latidos
la muralla de hielo
que de tu alma insensible me separa;
que despierten al menos tus sentidos
y acojan ó rechacen este anhelo,
y que pacten ó luchen cara á cara.

Que tu acerado corazón reciba
esa descarga eléctrica que priva,
y establezca en tus nervios ateridos

corriente positiva ó negativa...

Prefiero todo á la tranquila calma
con que escuchas mis quejas;
ni á mí te acercas ni de mí te alejas
¡y ese frío glacial me hieló el alma!

Ya que no me consueles cuando lloro,
no te muestres tan fría y desdenosa;
que en mi delirio, ignoro
si es un sér de granito lo que adoro
ó una estatua de carne muy hermosa.

Me has sitiado por hambre... de placeres,
y no tengo defensa...
concédeme una gracia si tu quieres:
ya que á traición con tu desden me hieres,
acaba de matarme con la ofensa;
ó, si la paz prefieres,

concédeme tu amor en recompensa.
Si has de evitar el beso de mis labios,
declara guerra á muerte al amor mío;
que han de ofenderme menos tus agravios
que tu injusto desvío...

Mas no pierdo del triunfo la esperanza,
y si vencer por fin logra mi suerte...
¡qué sabrosa venganza
la de hacerte con ciega confianza
prisionera de amor hasta la muerte!

FRANCISCO CAPELLA.

¡FÍESE USTÉ!

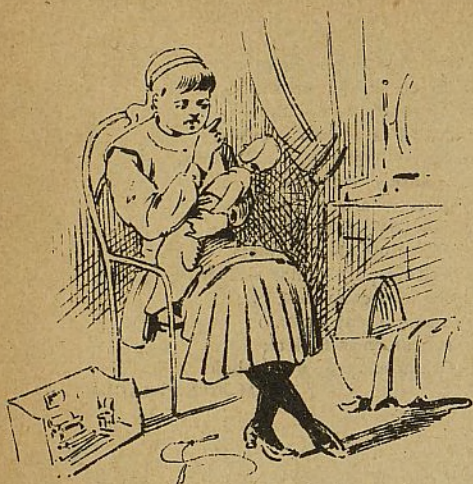
Por una de esas casualidades de las que ocurren muchas en la vida, una mañana Julio, el apasionado Julio, al volver una esquina, se halló de manos á boca con Pepe Saiz, su irreconciliable enemigo de hacía semanas. Dos miradas, dos descargas, mejor dicho, de odio se cruzaron en el camino. No pasó nada, pero pudiera haber pasado mucho. ¡Lo que es la curiosidad! Julio quiso enterarse del rumbo que llevaba Pepe por aquellos andurriales, viviendo, como vivía, en el extremo opuesto de la ciudad y trabajando muy lejos de allí, en el taller de *mesieur* Cok, fabricante de continentes: tone-

lero, mejor dicho. Julio se detuvo un instante en su camino, después «volviendo sobre sus pasos» se acercó á la esquina y miró. ¡Cuál no sería su sorpresa al notar que Pepe entraba en la casa misma de donde él acababa de salir: una casucha baja y fea, de un solo piso, colocada á la conclusión de la calle, y habitada por una sola familia, la familia de Quiterial. ¿Dónde iba, pues, Pepe Saiz? A ver á Quiteria, de seguro.

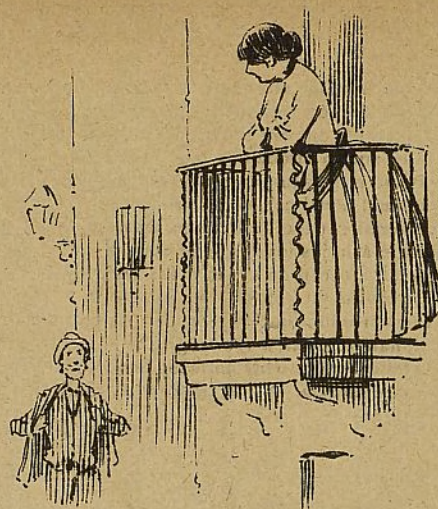
Julio sintió que toda la sangre de sus venas afluyó á su cerebro; inflamáronse los ojos; enrojecieron, con el rojo vivo de la ira, sus mejillas, secas de continuo y arrugadas más por los excesos que por los años.

Algunos transeúntes miraron con atención á Julio,

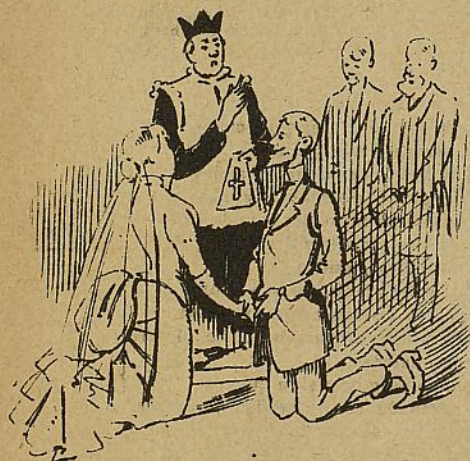
LAS ILUSIONES DE LA MUJER



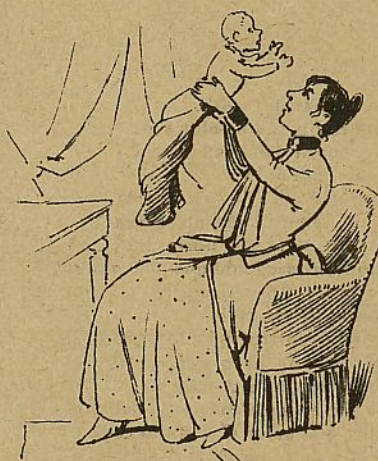
A los 10 años



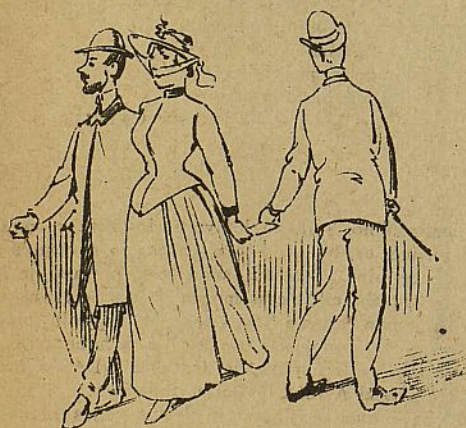
A los 15



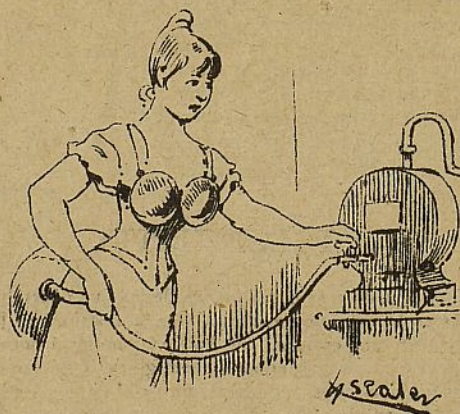
A los 20



A los 25



A los 30



A los 35

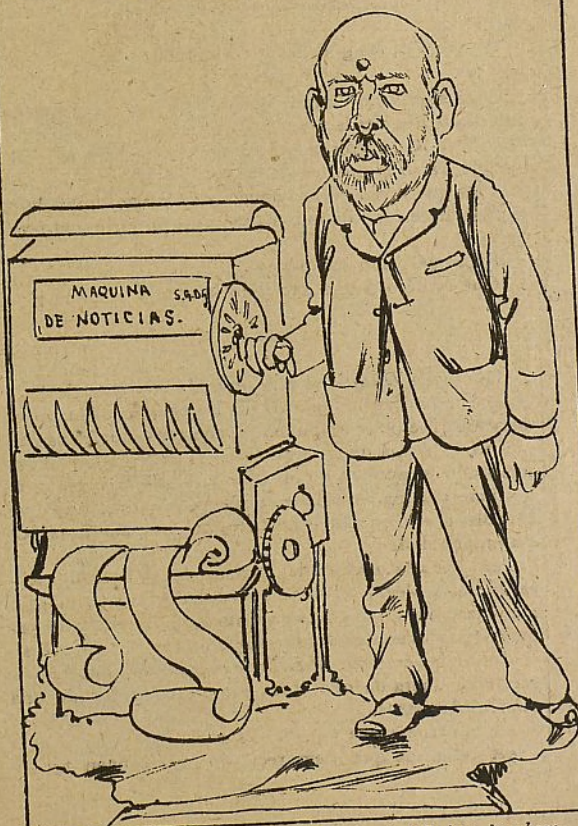
PROYECTOS DE MONUMENTOS



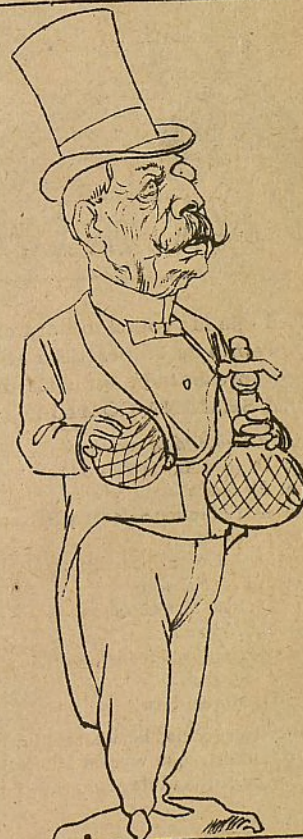
A F. Grilo, afónico cantor de los salones, las señoras agradecidas, pero cursis.



A Carulla, el indomesticable autor de los mil y un trabucazos á la religión y á sus mayores, los ateos agradecidos.



A Mencheta, el primer bombeador del Reino, los bombeados agradecidos.



A Asmodeo, el perfumado y retocado revistero de salones, ó salones, los perfumistas, como prueba de gratitud.

que parecía ruborizarse de aquellas miradas. El mozo estaba fuera de sí y parecía mascullar no sé qué retahíla de interjecciones; gesticulaba, se estiraba con fuerza la blusa hacia abajo y arrugaba la visera entre sus manos, la echaba al cogote ó la volvía del revés.

El mozo estaba desesperado: no pudo más y se lanzó calle abajo hacia la pobre mansión de su novia.

—Pues ná...—pensaba;—la digo que se ma olvidao la petaca y subo y... ¡que no es gustazo el que me voy á dar «achinchonando» á ese mosquito! ¿Que son las dos? Que sean. ¿Que abren el taller? Que le abran; también yo mi paice que abro á alguno de esta.

—Tuntuntay...

—¿Quién estay?

—Abre; yo.

A estas palabras sucedió un instante de silencio. A Julio le pareció el tiempo larguísimo.—Ahora, decía, le están avisando para que huya... ¡Redios!...

—Pues la petaca que se me había olvidao...—dijo entrando y dirigiendo á su alrededor escrutadoras miradas.

Quiteria estaba allí.—Pues no la he visto... pues...—y Quiteria no parecía estar donde estaba: agitada, casi temblorosa, miraba también, pero no á todas partes, sino á una, á la puerta que conducía al desván.

Julio, con el «aquel» de buscar sus cigarros y el elegante capricho de madera y pajitas de colores que los contenía—obra de un presidiario, que demostró con ello llevar los grilletes con admirable paciencia,—registró la casa entera, de un lado á otro, y aun debajo de las camas: la petaca no parecía (naturalmente, como que la tenía él en el bolsillo) y, lo que era para Julio de mayor transcendencia, Pepe Saiz no parecía tampoco.

—Me he engañado—se decía;—Quiteria me quiere; vamos, quiero decir que no «me la dá.» Pepe Saiz entraría en algún otro portal; ¡claro como la luz! ¡Qué de

monio! ni esta le conoce ni Cristo que lo fundó... Soy una bestia, soy un bestia... pensar que...—¡Quiteria, Quiteria!—añadió en voz alta... ¿no parece, verdad?... Bueno, pues me voy; ya es tarde...

A Quiteria le brillaron los ojuelos con el fulgor de la alegría.—Se va—pensaba, exhalando un suspiro de satisfacción—se va... ¡gracias á Dios!...

—Vaya, abur... dijo Julio; abrió la puerta y cerrándola tras de sí con estrépito, según su costumbre, franqueó de un salto las cinco escaleras que separaban de la calle el piso y más contento que unas pascuas echó á andar hacia el taller.

—¡Julio! ¡Julio! ¡Julio! oyó el celoso mozalvete gritar á su espalda. Era una voz argentina y fresca: volvió la cara sorprendido. Quiteria, asomada al balcón, le hacía señas de que se acercase.

Así lo hizo el muchacho. ¡No que no! Bastaba que fuera ella, ella á quien se había atrevido el muy «zote» (calificativo de su exclusiva propiedad) nada menos que á considerar infiel; ¡infel ella, que era más buena que el pan, cuando éste no es del barato, compuesto de «algunas» harinas, bastante cal y muchísimo jaboncillo de sastre!

—¿Qué me quieres?—exclamó Julio desde la calle, levantando los ojos hacia la ventana, en cuyo alfeizar se apoyaba la inocente Quiteria.

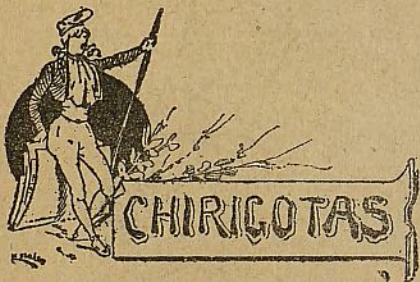
—Toma, dijo ésta toda regocijada: ahí te va, la petaca. Acabo de encontrarla... ¿sabes? en la alcoba.

—¿Cómo?...

Julio se inclinó á recoger el pequeño objeto que Quiteria le arrojaba.

—¡Redios! dijo después de haberla examinado brevemente: ¡si esta no es la mía! ¡Si esta no es mi petaca! Si esta... justo: J. S. ¡Ah, bribonaza! ¡si esta es la de Pepe Saiz!... ¡¡y en la alcoba!!

FERNANDO SEGURA.



Resultado de la votación para el otorgamiento del premio de 75 pesetas á la mejor composición presentada en el Certamen literario de LA SEMANA CÓMICA.

Poesía: <i>¿Cómo está la sociedad!</i>	
Autor: D. José María Almodóbar..	17 votos
Poesía: <i>En busca de 15 duros.</i>	
Autor: D. Francisco Salazar y Salazar.	16 »
Poesía: <i>Plegaria.</i>	
Autor: D. J. Lorente de Urraza.	10 »
Poesía: <i>En el Parnaso.</i>	
Autor: D. José M. ^a Codolosa.	6 »
Poesía: <i>La Felicidad.</i>	
Autor: D. Emilio de Motta.	6 »
Artículo: <i>Humoradas.</i>	
Autor: D. Miguel Sawa.	4 »

En su consecuencia, hemos remitido al Sr. D. José Miguel Almodóbar, que vive en Madrid, calle de Bailén, número 24, la cantidad de setenta y cinco pesetas.

En el número próximo publicaremos el recibo de dicho señor.

¡Y que Vd. las goce, señor Almodóbar!

Los señores que hayan tomado parte en la votación anteriormente citada y vivan en Barcelona, pueden pasar por la Redacción cuando gusten, á recoger el ejemplar de *Sor Ana* que les corresponde.

A los que viven en provincias, se los remitimos hoy. No hay necesidad de que manden el importe del franqueo.

¿Para qué? ¡Son tan pocos!...

¿Qué estragos sigue haciendo la apatía electoral!

✱

¡Es mucho *Diluvio* este *Diluvio* de mis pecados!

Se estrenan en los teatros de Barcelona los mayores desatinos; se ponen aquí en escena esos adfesesios sin piés ni cabeza á que desgraciadamente está tan acostumbrado el público de Madrid, y *El Diluvio*, no solo no tiene una palabra de protesta para ellos, sino que los tolera, y en ocasiones hasta los celebra, con la mayor magnanimidad.

Pero llega la ocasión del estreno del sainete de Ricardo de la Vega, y como que verdaderamente merece alabanzas, más que por su mérito (que lo tiene y no pequeño) por las tendencias sanas que representa, entonces... ¡oh! entonces empuña *El Diluvio* la palmeta y haciéndola servir á manera de arco, toca con ella el violón de una manera desastrosa.

De la manera que van Vds. á ver:

«A pesar de que lleva recibido algun buen escar-

«miento, el público de Barcelona se muestra todavía «obediente al reclamo que incesantemente hace la prensa «matritense á las producciones de los compadres que ven la luz á los teatros de la corte.»

Dejemos para otro día el averiguar qué compadres son esos que ven la luz á los teatros de la Corte, y vamos á lo esencial.

Lo esencial es lo siguiente:

«Anteanoche el Eldorado estuvo rebosando espectáculos con motivo de estrenarse una pieza del titulado «gran sainetero. *A casarse tocan ó la Misa á grande orquesta*, se titula. (¿Quién? ¿el sainetero?) Apenas tiene nombre, que digamos, la obrilla esta; en cambio, apenas tiene argumento.»

Y en efecto, no tiene más que tres (en rigor son cuatro) bien definidos y muy bien enlazados unos con otros.

Conque si por eso se queja usted...

«Será esta carencia de asunto, suponemos, un mero efecto de compensación, por cuanto á mucho ruido, ya se sabe, pocas nueces y un autor apellidado grande no se le puede buenamente achacar falta de ideas.»

«A un autor apellidado grande», señor crítico; achacar a... sino propósito ó capricho de no abrumar al espectador con abundancia de conceptos después de aquel exceso de título. Tanto es así, que por poco que el gran sainetero se mostrara más espletivo (¿con qué se comerá eso, Dios mío!) y tras de el *A casarse tocan ó la Misa á grande orquesta*, añadiera «y la pava pelada á caballo junto con la trivialidad andando» nos hubiese explicado ya todo lo más saliente del remolino—¿habrá aun quien le llame sainete?—del berengenal de entradas y salidas, del batiburrillo de insustancialidades que constituyen ese nuevo parto de los montes de la escena de Madrid. Por lo demás, no haga el lector gran mérito de estas apreciaciones (no; si no era preciso que usted lo advirtiera) porque ello es que el público aplaudió á rabiar en repetidas ocasiones, pero vaya, motivado casi siempre por la música del señor Chapí que está muy en su punto.»

Lo que no está en su punto ni mucho menos, es ese público que pone Vd. ahí, y que resulta ser «motivado casi siempre por la música de Chapí.»

Comparen Vds. ahora este exabrupto irrazonado y mal escrito, con la ovación que toda la prensa, desde el sesudo *Diario de Barcelona*, hasta el último semanario, ha tributado á la obra, y díganme Vds. si el único que deja de estar aquí en su punto no es *El Diluvio*.

Francamente, si á una obra buena que nos sale al cabo de los años mil, la hemos de tratar de esa manera...

Según dicen, á Málaga ha llegado un matrimonio muy afortunado.
La mujer es católica; el esposo luterano furioso
y una hija que tienen, guapa y lista,
pertenece á la secta metodista.
Lo del *meto* confieso que lo entiendo,
mas lo del *disto*, ya no lo comprendo.

Leo:

«En la Administración de correos hay cartas detenidas á nombre de Juan Cases... Encarnación Pardo, Codina y Compañía (dos latas de sardinas).»

Una de dos.

O Codina y Compañía son dos latas de sardinas.

O en vez de cartas, son latas los objetos detenidos en la Administración de Correos.

En cuyo caso, las latas son tres.

Las dos de sardinas...

Y la que el autor del suelto ha dado á la gramática.

No á tres pesetas, como dijimos en el número antepasado, sino á 6 reales, se expende la novela *La Bella Aldeana*, de la Sra. Beceiro de Pato.

Hacemos gustosos esta rectificación á ruegos de la interesada.

He recibido la lista de la compañía de zarzuela que desde el día 26 del corriente ha de actuar en el teatro Español.

Figuran en ella muy buenos artistas y las obras son de lo mejorcito del repertorio, amen de algunas nuevas con que cuenta la Empresa.

Asistiremos, veremos... y hablaremos

Señorita Doña Estrella Areny.

Lérida.

Acabo de saber que en el número pasado me dió Vd. un *timo*. Me mandó Vd. un soneto de *Plácido* al pie del cual figuraba—¡claro está!—la firma de Vd.

Yo no conocía ese soneto... y lo publiqué.

¿Es V. bonita, señorita? Bueno; pues ¡ojalá le den á Vd. viruelas (de las locas) y se quede Vd. feísima

Suyo atto. ss. q. s. p. b.

LA SEMANA.



F. S. (Santander).—J. M. de la T. (Valencia).—F. C. (Madrid).—¿Quieren Vds. darme las señas de sus domicilios?

S. A. O.—Barcelona.—Fué, en efecto, un *timo*. Gracias por el aviso.

R. B.—San Antonio de Vilamajor.—Usted me dirá los números que le faltan. Yo se los volveré á remitir. Los de Correos volverán á quedarse con ellos. Nueva remisión por parte nuestra. Que, como es natural, se pierden otra vez. Vuelta á hacer otro envío. Y así, hasta que lleguen. ¡Si le digo á V. que ya estamos resignados á todo!

Alfa.—Son demasiados sueños para un número solo. Esto no obstante... ¡venga la firma, qué demonio!

S. L. P.—Santander.—Es casi copia de una publicada en este mismo periódico.

V. P. M.—San Martín de Provensals.—¡Demonio! Demasiado fuerte. Y, aunque larga de... tijeras, hay que hacerse cargo de que al fin y al cabo se trata de una señorita.

Uno que no tiene nombre.—Madrid.—Si, señor, si: á V. era. Venga esa firma... y no hay que ser tan modesto.

Sanson Carrasco.—Mándela firmada.

V. C.—Madrid.—No, no fué aquí. Fué en *Madrid Alegre*.

J. P. C.—Barcelona.—¡Cochinita!

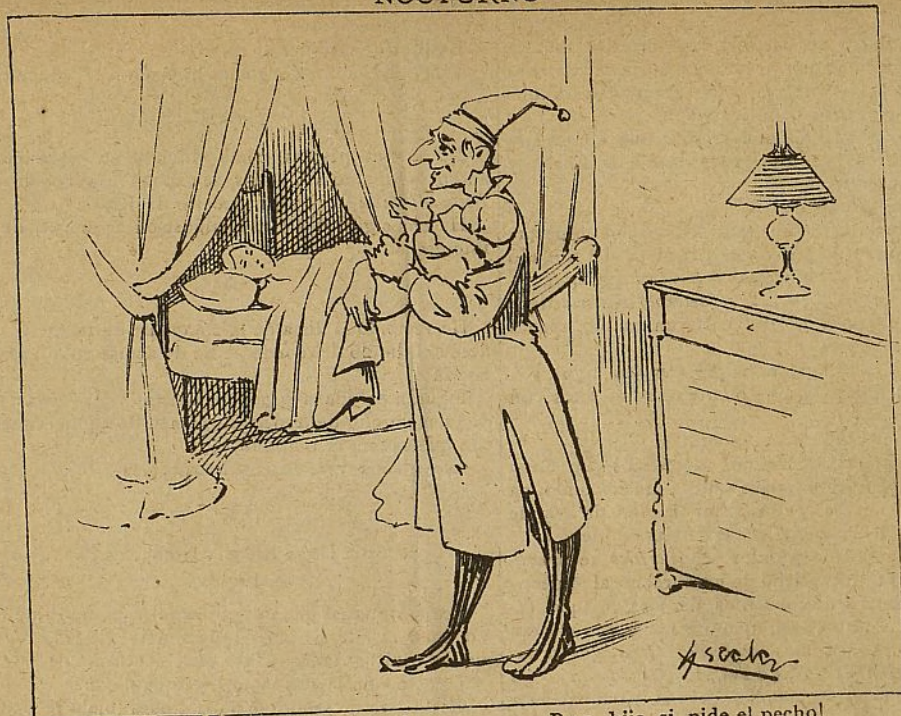
Apolo.—¡Dale, bola! ¡Que no rectifico! La contestación, como de costumbre, fué dirigida, ó al pseudónimo ó á sus iniciales. ¿Dónde está, pues, la ofensa para Vd? Ahora mismo, en esta contestación: ¿sabe el público á quién me dirijo? Y como donde no hay ofensa no hay motivo para dar satisfacciones...

Aseretogeid.—Córdoba.—El final es gracioso, pero... no basta que sea gracioso el final.

No puedo, muy á pesar mío, contestar particularmente á los Sres. *Matacandiles*, J. F., *B. Llaco*, *Manolo R.*, J. L. *Fray Lám para*, J. S. F., *Amer y Cano*, E. P. y *Churro Achaquz* (Barcelona).—A. P., *Ataulfo*, *Zeo*, J. R. y *Gatarro* (Madrid).—*Poético* (Valencia).—*Un cualquiera* (San Sebastián).—F. J. (Vitoria).—*Un rezagado*. (Gracia) y *Atifertol*, cuyas composiciones no son publicables.

Y que me dispensen si no digo por qué.

Imp. Militar y Comercial.—Arco del Teatro, 9 (pasaje)



—¡Tomasa, por Belcebú!
¡Tómalo!—Estoy en el lecho ..

—¡Pero, hija, si pide el pecho!
—Pues bueno, dáselo tu.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL

exclusivamente encargado de la venta de

LA SEMANA CÓMICA

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ,
TESORO, 5, BAJOS.

UNICA CASA AUTORIZADA PARA LA VENTA,
SUSCRIPCION Y RECLAMACIONES

DE

LA SEMANA CÓMICA

Sra. Viuda de Pozo e Hijos

GALERIA LITERARIA

Calle del Obispo, número 55, Librería.
HABANA.

LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, ILUSTRADO, FESTIVO

Vertrallans, 3, 1.º Barcelona.

Publica artículos y poesías de los mejores escritores y
láminas de los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas.
Fuera.	Trimestre.	2'50 "

En Ultramar y en el Extranjero, fijarán los precios los
señores corresponsales.

NÚMEROS ATRASADOS: DOBLE PRECIO

ESTA PROXIMO A ENTRAR EN PRENSA

— EL —

ALMANAQUE de La Semana Cómica

que formara un bonito tomo de más de 100 páginas, con cubierta al cromo, dibujos de Cilla, Pons, Mecachis Escaler y otros reputadísimos artistas y texto de los mejores y más renombrados escritores españoles.

Precio del almanaque: DOS reales

Los colaboradores que deseen mandar, para él, trabajos literarios, pueden hacerlo hasta el 15 de Noviembre próximo.

Ayuntamiento de Madrid